

CINE

"Elemental, doctor Freud"

Los grandes tiempos de la comedia cinematográfica americana parecen haber pasado definitivamente. Un tipo de comedia en el que, al margen de la publicación del llamado "american way of life", existía una capacidad de ironía y una inclinación a la crítica. Quizá no en vano muchos de los directores de aquellas comedias maestras eran extranjeros que veían "el camino americano hacia la felicidad" con un mayor distanciamiento que los nativamente americanos. Esa capacidad para la crítica se proyectó, sin embargo, en casi todas las comedias del momento (hablamos de las décadas de los treinta y cuarenta), para mantenerse, bien que mal, en bastantes productos posteriores. No obstante, fue desapareciendo lentamente. El ciclo de comedias blancas de Doris Day, en los años cincuenta, es una buena prueba de ello. La mediocridad fue abriéndose camino a marchas forzadas, eliminando de un plumazo el talento invertido por tantos y tantos directores y guionistas en los años de esplendor. Una cierta decadencia del Imperio americano se refleja en las películas de Hollywood.

Y hoy, esa mediocridad parece imponerse definitivamente. Salvo las excepciones de un Woody Allen, de un casi vigente Billy Wilder, de los "homenajes" a aquellas lejanas comedias que aún es capaz de hacer un Peter Bogdanovich, pocas cosas quedan: los sábados noches y las memeces de toda la semana. Como las que continuamente ofrece ese mediocre-jefe llamado Herbert Ross (aún sigue en cartel su insoportable "Chica del adiós"), al que sólo se debe una comedia interesante, "Sueños de seductor". Nada inocente hay, sin embargo, en recordar la presencia de Woody Allen en esa película.

A Herbert Ross le pasa lo contrario de lo que a muchos de sus maestros (ya casi es un insulto llamarlos así): no sabe qué hacer con una situación ingeniosa, mientras que aquéllos sabían enriquecer continuamente un guión no demasiado brillante. Si Lubitsch, Hawks o Wilder se hubieran encontrado con la histo-

ria que narra "Elemental, doctor Freud", habrían sabido aprovechar al máximo ese disparate histórico que supone hacer que el joven Sigmund Freud psicoanalice al famosísimo detective Sherlock Holmes y comparta con él una descabellada aventura, en la que no faltan homenajes a los locos Hermanos Marx. Una historieta con capacidad para jugar dramáticamente en muchos sentidos, para reflexionar incluso. Pero a Herbert Ross le viene grande este invento y se pierde en una narración aburrida por monótona; desperdicia la mayor parte de la película en provocar el encuentro entre ambos personajes y se precipita en la aventura propiamente dicha, dejando de lado las posibilidades humorísticas del guión. Lo que sin duda en el original ("The seven per cent solution", que es su título) tenía un aire de guiñol, en las manos de Herbert Ross parece una meditación trascendente, por el tono pretencioso con que ha resuelto la mayor parte de las situaciones aparentemente descabelladas. Cuando ya el guión le puede, es inevitable que una sonrisa aparezca durante la proyección, pero mientras ha vencido él, se acabaron las sonrisas, la ironía y el talento. En definitiva, una película desperdiciada que viene a corroborar la gran sospecha: la gran comedia ha muerto. ■ DIEGO GALAN.

"Bilbao"

Segundo largometraje del cineasta catalán Bigas Luna (el primero, "Tatuaje", basado en la novela homónima de Manuel Vázquez Montalbán, aún no se ha estrenado en Madrid), resulta ser una película sorprendente. Bigas Luna ha elegido una historia más o menos conocida, ya en el cine o en la novela (las obsesiones enfermizas de un hombre enamorado de una prostituta), para plantearla en un lenguaje específicamente cinematográfico y donde la anécdota dramática da paso a la creación de un ambiente concreto. Importa más en "Bilbao" el cómo de la narración que la evolución de ésta. No hay moralismos ni trascendencias, soluciones ni justificaciones: lo que importa es la cotidianidad de ese hombre obsesivamente enamorado de Bilbao (nombre de la prostituta y no referencia a la ciudad vasca, error en el que cayeron muchos de los asistentes no españoles en el último Festival de Cannes), y, en cualquier

caso, el punto de vista entre cómplice y humorístico con que Bigas Luna observa, digamos que como un entomólogo, a ese personaje atormentado. La minuciosidad de sus actos tienen en sí mismos toda la trascendencia posible, todas las complejidades psicológicas o sociológicas que quieran encontrarse. Y Bigas Luna se recrea en su explicación. Nada más precisa en este sentido que el lento afeitado que realiza el hombre en el pubis de la prostituta. Un afeitado "real" que insiste sobre sí mismo, como el hombre insiste en la meditación en voz alta de cuantas cosas le vienen ocurriendo y que el espectador contempla al mismo tiempo que él.

Se dijo que "Bilbao" era una película casi hecha con descartes de otra película, es decir, con esos planos de recurso que muchos directores ruedan pero que luego no montan en la película definitiva. Esa es justamente la elección de Bigas Luna: narrar una historia con un material insólito, de desecho, como de desecho podría entenderse que están hechos sus propios personajes. Que, con carga literaria más o menos, con la depuración o exageración lógicas de una obra de corta duración donde debe darse todo tipo de explicaciones, son personajes prácticamente cotidianos, como somos, de una u otra manera, muchos de nosotros. En cualquier caso, si la conducta de los personajes no es lo que realmente importa en la película, como antes se apuntaba, el ambiente opresivo sí se constituye en su principal protagonista, si que forma parte de nuestra cotidianidad: la valoración de un objeto, de un detalle, de un momento aparentemente banales, la repercusión de una frase fácil o gratuita, las trascendencia de una mirada, de una mano,



"Bilbao", de Bigas Luna.

de un gesto llegan a constituirse en entes propios, fuertes y determinantes de la conducta. Basta tener para ello la obsesión de ese hombre (bien interpretado por Angel Jove) por esa vulgaridad llamada Bilbao, vulgaridad interpretada así, vulgarmente, por Isabel Pisano, lo que no sé si la convierte en actriz, ya que a su personaje quizá le falten matices o una mayor inteligencia que la que ella aporta; y que, sin embargo, sí se dan en el personaje de la mujer casada, María Martín.

Película de escasos medios, de escasas pretensiones, pero que puede sorprender e incluso fascinar. Y que de cualquier manera merece el respeto a un trabajo serio, meditado e inteligente. ■ D. G.

TEATRO

Los debates de Caracas

Me acaban de entregar buena parte del material producido en el reciente Festival de Caracas; material abundante que recoge las ponencias y debates en torno a una larga lista de temas.

Hace un par de semanas nos referíamos en estas mismas páginas a las líneas generales de la programación. Ahora, con la misma brevedad, queremos señalar el valor de una investigación teórico-práctica que tuvo el mérito de atender a importantes fenómenos estéticos del teatro occidental, a la vez que consideraba su incidencia en el ámbito latinoamericano. He aquí, como prueba, los títulos de algunos de los seminarios y debates: "La dramaturgia y la crítica en América Latina", "Las corrientes estéticas y su introducción y aplicación en América Latina", "Confrontación del teatro del Tercer Mundo"...

Es imposible asomarse, en el espacio de esta breve nota, no ya a los centenares de folios generados por el Festival, sino, incluso, a sus temas y a sus autores. Sí me parece importante señalar, sin embargo, el vigor y la pasión de esta tarea en una hora en que la sociedad española parece contemplar el teatro como una manifestación agonizante; como

una forma artística ligada a realidades sociales del pasado.

Hace aproximadamente un par de años, hablando con María Casares en París —en vísperas de su llegada a Madrid para ensayar "El adefesio"—, la gran actriz me decía: "Yo no creo en un teatro donde todo pueda ser explicado. Por eso siempre he estado en contra de los debates —ahora tan de moda— que pretenden aclararle al público las representaciones. Siempre he rechazado intervenir en ellas, porque me parece que si, al caer el telón, los actores y el público se ponen a explicar lo que se ha hecho, la huella que quizá se ha dejado en uno, en tres, en diez, o en cien espectadores, la racionalizan, la meten en la biblioteca y, con buena conciencia, se olvidan de ella, sin dejarle hacer su camino. Eso es lo que siempre he sentido y por eso creo que el teatro es un lugar —¿cómo se dice?— de exorcismo. Por no serlo, en un país como Francia el teatro está dormido. No hay valores y, por consiguiente, no se puede hacer una comunión entre la escena y el público". Sin duda, la actriz tenía razón al oponerse a la idea de que una obra de arte —y, por lo tanto, también una representación teatral— pueda ser "totalmente" explicada. ¡Cuán discutible es, sin embargo, esa resistencia a aclarar todo lo que sí es aclarable y racionalizable! ¿Qué error el oponer Arte a Debate, como si el primero no se moviera en unas coordenadas sociales, históricas, económicas y técnicas que cabe totalmente estudiar! Y cito la opinión de María Casares, no tanto a título personal como por encarnar una posición que ya es tradicional en Occidente.

Es enormemente sugestiva, en este sentido, la pasión con que el medio teatral latinoamericano intenta desentrañar la significación y la génesis de cada expresión teatral. Es seguro que, algunas veces, cuando quiere explicarse "todo", presentando la obra artística como una estricta derivación ideológica, se cae en graves simplificaciones; también es evidente que en la investigación los hay que manejan lugares comunes, vaguedades retóricas e inexactitudes; aun así, frente a la resistencia casi sistemática de una sociedad como la española a discutir los temas teatrales, ¡cuánta más rica

no nos parece esa vocación indagadora, ese deseo de desentrañar la significación histórica del teatro que se refleja en los centenares de folios elaborados en Caracas!

Explicaba la Casares que, perdida la posibilidad de comunión, privado el teatro de su viejo papel exorcista, destruida su función poética de ofrecer lo "no vivido" y profundamente deseado por el público, las salas cono-



María Casares.

rían un vaciamiento paulatino. ¿Para qué ir al teatro? ¿Qué realidad prohibida, qué comportamiento oscuro y fervientemente apetecido, qué tabú podría revelarnos?

Ciertamente, a las preguntas de la Casares difícilmente cabe oponer ese cúmulo de obritas que se limitan a realizar los sueños más tontos e inocentes, incluidos los eróticos. Son bromas de café, "porno" de confesionario, que tienen, en efecto, bien poco que ver con ese gran teatro de exorcismos que defendía María Casares. Me pregunto, sin embargo, si en la civilización de nuestros días no será la actitud que encarna el Festival de Caracas una respuesta mucho más coherente que el sueño de un público arrastrado por sus tabúes. Porque el estudio del teatro no destruye el arte, su dimensión inefable, sino que enriquece nuestra pasión por él y la hace compatible con cuanto sí puede y debe ser explicado. ■ JOSE MONLEON.

DISCOS

Jorge Ben: Marcha tropical

Hace unas cuantas semanas, Jorge Ben pasó por España. Fue una visita fugaz y poco feliz: su única actuación tuvo por marco uno de esos anacrónicos festivales mediterráneos que se distinguen por la gelidez y la estulticia de su empingorotado público. Posiblemente, tanto los asistentes como los espectadores esperaban escuchar a un simpático e inofensivo negrito cantando suavemente "bossa nova"; el feroz sonido de Ben y su banda les debió resultar realmente inapropiado para tan distinguida velada. Aunque al final de la media hora que le concedieron, los señores de esmoquín y las damas de traje largo aplaudieran cortésmente... durante breves segundos.

Desafortunadamente, tales ocurrencias no son nada nuevo: en España, la música popular brasileña es casi totalmente desconocida y sus intérpretes suelen ser contratados únicamente para poner el color exótico en espectáculos con pretensiones de internacionalidad. No es tópico invocar al fantasma del colonialismo cultural norteamericano para explicar tal situación: considera el hecho de que la mayor parte de los discos brasileños editados en este país corresponden a artistas instalados en USA: Sergio Mendes, Airto Moreira, Flora Purim, Deodato, Raúl de Souza, João Gilberto...

El caso es que también hay disponibles dos recientes LPs de Jorge Ben, aunque su compañía discográfica no haga mucho por sacarlos de la oscuridad. Por eso, antes de que sean reciclados y se transformen en el "sound-track" de "Saturday Night Fever", me apresuro a llamar la atención sobre ellos.

Resulta agradable comprobar que, quince años después de su debut con el espléndido "Samba de Esquema Novo", Jorge Ben continúa sin perder su impulso creativo. Su primitivismo, su proximidad a las formas folklóricas autóctonas, no se ha diluido a pesar de que utilice sintetiza-

dores y arreglos cuidadísimos. "Para ouvir no rádio (Luciana)" (Philips 63 49 162) es una colección de doce canciones que van desde el obligatorio tema ecológico —"Velhos, criancinhas, flores e cachorros"— hasta un himno al jugador de fútbol —"Zagueiro"—, una de las obsesiones del autor. Todo ello excelente: la obra de Jorge Ben está iluminada por una elegancia melódica que no contradice su pujanza rítmica. "Tropical" (Philips 91 24 350) es un disco anterior, registrado en Inglaterra en 1976 como parte de un esquema del sello Island para lanzarle en el mercado anglosajón. Contiene varias de las clásicas —"Más que nada", "Chove chuva", "País tropical"— de Jorge Ben en nuevas grabaciones; desafortunadamente, se ha intentado darles un barniz sofisticado y los abusos de las secciones de viento y cuerda entorpecen la fluidez de las piezas. Hay detalles positivos en la grabación —por ejemplo, la captación de los instrumentos de percusión—, pero aunque el resultado final sea muy agradable, persiste la sensación de que estamos oyendo a un Jorge Ben excesivamente maquillado.

Supongo que es obligatorio concluir con el recordatorio de que la veta musical del Brasil es una de las más ricas del mundo, etcétera. Pero eso ya lo sabíamos, al igual que las razones de su marginación en España —aunque parezca increíble, tiene mayor resonancia en Francia o

Jorge Ben.

